



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Ramón Estellés.)



—Cien obras y abundante descendencia
fama me dan de listo y de fecundo...
Que con mi actividad é inteligencia
no hay hombre chiquitín en este mundo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Más zuñigadas, por Juan Pérez Zuñiga.—Palique, por Clarín.—Cantares, por Claudio Lozano.—Buen desenlace, por Luis de Ansoarena.—Menudencia, por Antonio Soler.—El baile del oso, por Antonio Valbuena.—La medicina de Lola, por Rafael Torromé.—Cosas tagalas, por Eduardo de Palacio.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Ramón Estellés.—Juegos peligrosos (dos viñetas).—Salto hacia arriba.—Juicio de agravios.—En el Prado (dos viñetas), por Cilla.



Llego tarde con mis lamentaciones al triste espectáculo que nos han ofrecido los liberales después de su horrrrrible desengaño.

Antes de yo haber hablado toda la prensa de la amarga impresión que ha producido en las huestes «que acaudilla D. Práxedes» la inesperada noticia del triunfo de Cánovas y Morlesín.

¶ Cuando todos creímos que se formaría un ministerio liberal de altura, compuesto de los Sres. Aguilera, Barroso, Calvetón, Campo Sagrado, etc., y cuando los socios del Círculo de la calle Mayor se entregaban al placer del triunfo tomando cosas caras, cognac extra, jerez de á tres reales la copa, chocolate con picatostes y otros manjares lujosos, llegó la infausta nueva de que Cánovas iba á continuar dirigiendo la nave del Estado, y la palidez se extendió por las mejillas de todos los socios...

* * *

Ha habido personaje que al meterse en la cama el sábado por la noche, víspera del suceso cruel, había dicho á su esposa, rebo-sando júbilo:

—Si mañana recibes un pliego abultado y yo estoy durmiendo todavía, ábrelo con toda confianza y despiértame al momento. Lo probable es que á eso de las once me mande Sagasta un besalamano, citándome para jurar.

—¿Cómo? ¿Jurar tú? ¿Un hombre tan religioso?

—Para jurar el cargo de ministro.

—¿Qué dices? ¿Ministro tú, Bonifacio?

—Yo. ¿Qué tiene eso de particular? ¿No lo han sido otros con menos títulos?

—¡Ay, Bonifacio! Yo me voy á volver loca. ¿Me dejas que se lo escriba á mamá? ¡Qué contenta se va á poner!

—Haz lo que gustes. En estos momentos debe olvidarse uno de los rencores y las ofensas...

Antes de las nueve, ya estaba el futuro ministro dando vueltas en el lecho. Á las nueve y media no se pudo contener y tocó el timbre.

—¿Llamaba el señor?—preguntó la criada.

—Sí; ¿qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿No ha venido un pliego grande?

—No, señor; no ha venido más que Pablo.

—¿Cruz?

—Pablo el barbero.

—¡Ah!... Que pase.

Y entró el barbero con cara de pascua y se puso á tararear sotto voce el himno de Riego.

El futuro ministro, á medio vestir, se sentó en una silla frente al espejo y comenzó á contemplarse el rostro y á dirigirse chicoleos silenciosos á sí mismo.

—¿Conque entran los liberales?—hubo de decir el artista en pelo.

—¿Por quién lo sabe usted?

—Por el sereno, que me lo dijo anoche.

—Ese sereno es persona que tiene buena nariz.

¶ —¡Naturalmente! ¡Cómo que abre todas las noches á D. Segismundo!

—Pues entonces no diga usted más.

En aquel momento sonó la campanilla de la escalera y el futuro ministro dió un salto.

—¡Caramba!—dijo el barbero.—Por poco le hago á usted una cortadura...

—Es la emoción natural. ¡Cómo estoy esperando de un momento á otro un pliego de Sagasta!...

—¿Para qué?

—Para ir á jurar á Palacio.

—¡Cómo! ¿Entra usted de ministro?

—Sí; se ha empeñado D. Práxedes. Los hombres públicos nos debemos á la patria.

¶ El barbero, sin poderse contener, estrechó contra su seno la cabeza del ministro futuro. Después dijo:

—¡Qué honra para mí! ¡Estar afeitando á un consejero de la Corona! ¿Le dejo á usted las patillas? Dan mucho carácter.

—No; mientras no sepa qué ministerio me dan pienso seguir con esta misma cara. Sólo en el caso de ir á Hacienda me dejaría las patillas.

En aquel momento entraba en la alcoba la futura ministra y extendía sobre una butaca el traje de frac, que por cierto olía á naftalina desde una legua.

—¿Qué traes ahí?—preguntó el esposo.

—El traje de etiqueta.

—Estás en todo, Nicanora.

—Es favor que me dispensas, Bonifacio.

Y la esposa fué á tirarle de la nariz á su dulce consorte, para demostrarle de este modo su amor y su alegría.

—¿No ha venido el pliego?—preguntó éste, dirigiéndola una sonrisa cariñosa.

—Todavía no.

—Cuando venga, ya sabes.

—Descuida.

—¿Te has acordado de cogerle un pliegue al rabillo del pantalón? Ya sabes que he enfiaquecido mucho desde que mandan los conservadores.

—Ya está cogido.

—Gracias. Adiós, morena.

—Adios, señor ministro.

Al barbero se le llenaron los ojos de lágrimas al ver tanta ternura en un matrimonio que lleva veintinueve años de servicios, sin una mala nota, y no pudo menos de decir:

—Parecen ustedes dos palomos.

—Es muy buena—contestó el futuro ministro.—Aunque no sea más que por verla feliz, estoy deseando formar parte del gabinete... Vamos á ver, Pablito, ¿qué me va usted á pedir?

—De no poder ser barbero de cámara, quisiera...

—¿Qué?

—Ser concejal, para darle en la cabeza á Almeida.

—Lo serás.

—Porque Almeida, como afeita á tantas personas de importancia, tiene mucha fantasía: allí van Chaves, López Silva, Thuillier, Galdón, Mata, Bonilla... ¡qué sé yo!

—¿Te molesta que se afeiten allí? Pues soy capaz, en cuanto sea ministro, de poner una real orden mandando que se sirvan todos en tu establecimiento...

* * *

En aquel momento sonó el timbre de la puerta de la calle, y el cuasi ministro se detuvo.

Su esposa entró en la habitación con un sobre en la mano. Abriólo de prisa y corriendo el personaje, y dejando caer la cabeza sobre el respaldo de la silla, dijo con acento de amargura:

—¡Qué decepción!

La carta contenida en el sobre era del sastre del futuro ministro y decía así:

«En vista de que no entran ustedes en el poder, pues sigue Cánovas al frente del Gobierno, según he sabido, espero que mañana en todo el día me pague usted la cuenta de la ropa, ó de lo contrario, entregaré la factura á mi procurador.

»No le digo á usted más. Suyo, Tijeretas.»

Luis Taboada.

Más zuñigadas.

I
EN LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS

—¡Hola, Petral

—¿Por aquí tú?

—¿Aún sirves?

—¿Y tiene aquí alguna cosa en la Exposición?

—Sí tiene.

—Acaso la habré yo visto...

—¿Quién es él? ¿Ferrant? ¿Jiménez?

—¿Jadraque? ¿Sorolla? ¿Unceta?

—No es fácil que usted lo acierte.

—¿Fillo! ¿Pinazo? ¿Arredondo?

—¿Pla?

—No, señora; es Juan Pérez.

—Y qué, ¿trabaja con fruto?

—No, señora; con don Lesmes, que es arquitecto de fama y es primo suyo de leche.

—¿Dónde está lo que ha pintado tu esposo?

—No lo merece; pero si quiere usted verlo ha de subir ciento siete peldaños.

—¡Cielo bendito!

Pues ¿qué ha pintado aquí Pérez?

—Ha pintado... las persianas de la casa del conserje.

II
¡CLARO!

Una consola tallada la quitó a Pilar un loco, y aunque la importó muy poco se quedó des-consolada.

III
¡VALIENTE CONSECUENCIAL!

Está Lola hecha una flor y abulta como un cetáceo; pero observo que el color de su cutis es violáceo.

—¿Y sabéis, según su madre, por qué es el color de Lola violáceo? Porque su padre fué profesor de viola.

IV
¡QUÉ GAZNÁPIRO!

—Vete a ver si indica lluvia mi barómetro, Bernardo.

—Señor, acabo de verle.

—¿Y está como ayer?

—Más bajo, como que se me ha caído esta mañana al limpiarlo.

—Pero bien, ¿qué es lo que indica?

—Que no estaba bien colgado.

V
EL CAPÓN Y EL MICO

Con un hermoso capón á medio cebar y un mico se entretenía Perico en su finca de Alcorcón.

Al patio dejó caer un garbanzo del cocido, y el capón, muy decidido, quiso el garbanzo coger.

Mas el mico lo quería y se lo pudo quitar; tuvo el amo que terciar al ver lo que sucedía, y por causa de Perico, como fin de la cuestión, se llevó el mico un capón y el capón se llevó un mico.

Juan Pérez Zuñiga.

PALIQUE

Con eso de las bofetadas parlamentarias y lo de:
si Sagasta le dijo á la Reina...

ó sí no le dijo, no se habla nada de literatura. El diablo de la política á todos nos arrastra. A mí me costó un duro el que Cánovas siga mereciendo la confianza de la corona, porque he perdido cinco pesetas que había apostado por Sagasta.

Con estas cosas, casi nadie se acuerda de que el Sr. Ayuso, pasando á mejor vida, dejó un sillón vacante en la Academia.

Se ha dicho que la plaza era solicitada por Fernanflor y por Ferrari, entre otros.

En el *Heraldo* he dicho ya que, entre Ferrari y Fernanflor, yo prefiero á Fernanflor. También he dicho que, en justicia, el nuevo académico debiera ser Armando Palacio.

El aprovechado jesuita laico Navarro Ledesma (a) *Calínez* propone la candidatura de Mariano de Cavia.

Es claro que *Calínez* con esto no hace más que disparar el segundo cañonazo para que Cavia lo oiga y lo agradezca y recomiende á Navarro Ledesma en *El Imparcial*, porque el chico revienta si no le dejan meter baza en los *Lunes*.

Pero aunque esta ocurrencia de *Calínez* sea acto de pura adulación, no cabe duda que Cavia vale muchísimo más que muchos académicos y que muchos de los candidatos. Cavia ha hecho por el buen sentido y el buen gusto mucho más que ciertos eruditos *intensivos* que saben muchas cosas que no le importan á nadie, pero no saben escribir cuatro renglones sin equivocarse; como Baquero, el crítico de la *España Moderna*, demostró á uno de esos señores, hace poco.

* *

Muchos literatos hay que pueden aspirar con legítimos títulos á la vacante de Ayuso.

Yo extraño que ni ahora ni otras veces, en otras ocasiones como ésta, se hable ni haya hablado de cierta clase de candidatos, que son de los más *indicados*.

Me refiero á los buenos autores cómicos. Si en la Academia no hubiera más que filólogos, consumados gramáticos que dominasen la lengua patria y sus afines, no habría para qué acordarse de los poetas cómicos; pero como allí debe entrar de todo, como la vida *real, actual* de la lengua no la representan los que saben disecarla, sino principalmente los que la hablan con autoridad al público desde el libro, desde el periódico, desde la tribuna, desde la escena, etc., etc., es claro que los autores cómicos deben tener voz y voto en el *establecimiento*, como dijo el otro, de la calle de... no sé cuántos (porque no sé las señas del domicilio actual de los *inmortales*).

Ramos Carrión, Ricardo de la Vega, por ejemplo, tienen méritos sobrados para ser académicos. Vale más *Los baños del Manzanares* que todo lo que han escrito Catalina, Barrantes, Rivas, Balaguer, etc., etc., junto en un montón.

Yo he reparado que nuestros poetas cómicos son, en general, más correctos y fáciles que muchos literatos de pretensiones *trágicas, líricas y épicas*.

El verdadero español de hoy se encuentra en las comedias de Ramos, Vega, Burgos, Aza, Echegaray, etc., mucho mejor que en ciertos discursos académicos y en no pocos libros de grandes pretensiones.

* *

Y otra cosa.

La Academia, si quiere ganar legítimamente las dietas... que come, debe prescindir de las pasioncillas de los *de número* y elegir á los que han demostrado competencia en el conocimiento del idioma, aunque esos tales hayan atacado á los académicos.

El Estado le pide á la Academia, no que sea un juego de comadres el idioma, sino que se busque las mayores garantías de acierto para la misión delicada de declarar cuál es el español *oficial*.

Así, á nadie debe asustar que se proponga para académico al mismísimo Valbuena. ¿Que ha maltratado á muchos de la *casa*? ¿Y qué? En cambio no ha maltratado la lengua, como no pocos señores *de número*.

Lleva Valbuena escritos una porción de volúmenes corrigiendo errores del *Diccionario* oficial. Quiero suponer que, de cinco veces, cuatro Valbuena se equivoca; pero la quinta parte de las correcciones suyas al *Diccionario* todavía son muchas correcciones, y aceptadas y aprovechadas por la Academia (como en justicia deben serlo) constituyen un eminente servicio al léxico oficial, servicio muy superior á los muy flacos que le hacen los muchos académicos que escriben con olvido de las más elementales reglas de la gramática... de la *casa*.

Si hubiera imparcialidad, si se atendiera no á la vanidad de los académicos, sino al interés de la lengua y á la misión propia del *instituto*, Valbuena sería académico, y pronto.

* *

Y ahora vamos al *feminismo*.

No hay razón para que una mujer pueda encargarse de la venta del papel sellado y no pueda encargarse de la literatura *sellada*. No hay razón para que una mujer pueda resolver las crisis políticas más importantes para el país, y no pueda resolver si se ha de escribir exhuberancia (como cierto ilustre poeta) ó exuberancia.

Sí, las mujeres deben entrar en la Academia.

Y también debe darse, de vez en cuando, un puesto á la aristocracia, á la nobleza, como hacen en París. La Academia es un *galicismo*, una imitación del francés; pues tengamos nuestros académicos de la aristocracia como en Francia los hay.

Y combinando lo de la alta nobleza académica con lo del feminismo académico, yo propongo para la vacante del Sr. Ayuso...

A la Marquesa de la Laguna.

Y perdone la de Pardo Bazán, que no es más que *pontificia*.

Clarín.

Cantares.

Al amor libre hacen ascos todos los hombres de seso: lo condenan con palabras y lo proclaman con hechos.

Una lágrima cayó al hueco de mi guitarra, y desde entonces sus cuerdas lloriquean cuando cantan.

Las pasiones han dejado trastornada mi cabeza: el que no tiene pasiones no sabe lo que es canela.

Que tienes debilidad me dijo el médico ayer, y no sabe que has tenido ese mal más de una vez.

Cuando yo esté en la agonía no te acerques á mi alcoba, que entonces no me harás falta para maldita la cosa.

Después que adoraste al Cristo le di un beso con afán, y oí que el Cristo decía: «No es á mí á quien se lo das».

Si te pudieras volver veleta de campanario, no habías de dar más vueltas que las que das aquí abajo.

No siento que me despidas, pero sí me ha de pesar el no haberme aprovechado de tu liberalidad.

Claudio Lozano.

JUEGOS PELIGROSOS



—¡Ahí le tienes! que dice que no viene á Biarritz con nosotros este año.
—¿Por qué, Sr. Miranda? ¡Venga usted! ¡Venga usted! Éste se tiene que ir á París á los pocos dias, y me voy á aburrir mucho si me quedo sola...



—¿No tenías tú el tres? ¿No salió éste de la sota? ¿No tenías que montar? Pues has debido soltar el tres ó escacharrarte las cuarenta.
—Las caras sí, pero la perra no la vuelves tú á ver en jamás de la vida.

Buen desenlace.

Te juro que no me importa el final del amor nuestro, si puede llamarse amor á engaño tan manifiesto, al cabo del cual quedamos tranquila tú y yo contento. Y al separarnos ahora sin dolor y sin esfuerzo, tú con toda tu ambición y yo con todos mis sueños, ni tú á mí me debes nada, ni nada á ti yo te debo; lo que no es poca fortuna, pues siempre, en lances como éstos, ¡quien tiene más corazón es el que sale perdiendo! Cuando la vista al pasado con cierta pereza vuelvo, al ver que nuestros destinos con gusto de ambos se unieron, ¿qué nos llevó el uno al otro? pregunto... y no lo comprendo... Tú esclava de la hermosura, yo esclavo del sentimiento, agarrada tú á la tierra, soñando yo con un cielo, ¿por qué absurdo nuestros labios se juntaron en un beso, principio de una cadena que nos unió tanto tiempo? ¿Qué pudimos uno y otro ver al final de un empeño que me hizo extender los brazos y te hizo arrojarte en ellos? ¿Por qué buscamos los dos con indefinible anhelo lo mismo que hasta aquel punto mirábamos con desprecio, tú sublimidades de alma y yo miserias del cuerpo? Lo ignoro... más, por fortuna, cuando advertimos el riesgo de que aquel lazo de flores fuera dogal con el tiempo, ¡eché yo el alma hacia atrás y huiste también con miedo! Conque... quédate tranquila, que yo me voy satisfecho. Libres del contagio odioso mis ideales conservo, lo que no es poca fortuna, pues siempre, en lances como éstos, ¡quien tiene más corazón es el que sale perdiendo!

Luis de Ansorena.



Menudencia.

Deseas aborrecerle y más le amas cada día. ¡Cómo quieres no engañarme, si te engañas á ti misma!

Antonio Soler.

Salto hacia arriba.



—Es viejo y de mala pinta, pero ¡ojalá dure mucho! que siempre se está en la quinta mejor que en el aguaducho.

El baile del oso.

¿Han visto ustedes cosa más desairada que un oso bailando? Pues la hay; si no más, tanto, por lo menos: y es un escritor soso queriendo hacer gracia.

Dos ejemplares tenemos en España bien definidos á la hora presente, dos escritores genuinamente sosos, de sosura neta é indisoluble que son D.^a Emilia y D. Benito, y los dos se mueren por cultivar el chiste.

¡Ay, y los dos le cultivan con tan mala fortuna!...

Á la Sra. Pardo, una vez que quiso remedar el lenguaje gracioso de los niños, no se la ocurrió sino hacer que una niña llamara á una ermita *casa papa selo*.

Otra vez se la antojó un diminutivo y... ya se sabe que D.^a Emilia, cuando se la antoja una casa literaria, la coge sin escrúpulos de donde la ve, como si no existiera el sétimo mandamiento de la

ley de Dios. Pero hasta para plagiar se necesita discreción; y si no que lo diga el cuervo de la fábula.

El caso es que el padre Coloma nos había presentado con admirable naturalidad unas niñas sevillanas que, habiendo comenzado por llamar á su tía «*tita Rosa*», habían concluido por llamarla «*titi Rosa*» y *titi*.

Y... ¿qué hace D.^a Emilia?... Pues va y trasplanta la monada andaluza nada menos que á la *pruvincia* de *Puntevedra* y hace que un gallegote basto y cursi, estudiante de Caminos, al hablar de la mujer de un tío suyo, diga «*mi titi*».

¡Vamos!... que hay para pegar un tiro al estudiante, y otro á su tía, y... no digo que otro á la autora, porque sería darla un castigo demasiado trágico. Bastante es dejarla que sea objeto de la pública hilaridad, como fué ludibrio de los pastores el cuervo aquel enredado en la lana del carnero que quiso levantar en el aire, por haber visto al águila hacer la misma operación con un corderillo.

Pues D. Benito Pérez Galdós, que también es de lo más soso y desgarbado que se conoce, anda también metido en el empeño de

ser gracioso y... creo que se va á salir con la suya; porque la verdad es que en la última tentativa ya resulta, de puro desgraciado, graciosísimo.

El hombre se debe de haber ya desengañado de que para el teatro no le llama Dios, ni el diablo siquiera, y repitiendo aquello de «zapateros solíamos ser, volvámonos á coser», ha vuelto á escribir novelas latas.

Verán ustedes cómo empieza la última:

«Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián...»

¡Ole la gracia!...

«Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián... mejor será decir la iglesia...»

Pues dígalo usted, ó hubiéralo usted dicho. ¿Quién se lo quitaba?...

Aparte de que la iglesia referida no tiene dos caras, sino tres, la de la calle de Atocha, la de la calle de las Huertas y la de la calle de San Sebastián, ó sean la del Mediodía, la del Norte y la del Poniente, donde también tiene puerta aunque está cerrada.

Siga D. Benito diciendo agudezas:

«...dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas.»

Bonitas no serán, pero graciosas... tampoco. ¿De dónde saca don Benito que tienen gracia aquellas fachadas?... La misma gracia tienen que D. Benito aproximadamente...

Vamos, siga D. Benito derramando sal... ó lo que sea:

«Habréis notado en ambos rostros (hemos quedado en que son tres) una fealdad risueña del más puro Madrid...»

No, señor; no hemos notado semejante cosa...

¿De dónde sacará este hombre que la fealdad exterior de la iglesia de San Sebastián es risueña?... Como no llame risueño á lo triste, acaso para que también á él le llamen risueño...

«En la cara del Sur campea sobre una puerta *chabacana* (D. Benito la confunde seguramente con alguna descripción) la imagen *barroca* del santo mártir en actitud más bien danzante que religiosa...»

¿De veras?...

En primer lugar D. Benito no sabe ni puede saber lo que es actitud religiosa porque no conoce la religión.

Y luego... ya se explica bien que D. Benito no dé pie con bola describiendo iglesias é imágenes.

Porque ni la puerta á que se refiere D. Benito es *chabacana*, sino sencilla, ni la imagen tiene nada de barroco. Representa al santo en el momento de ser asaeteado, amarrado al tronco de un árbol y mirando al cielo, de donde baja un grupo de ángeles á ponerle la corona del martirio.

¿Qué tiene esta actitud de *danzante*?...

Y sigue diciendo D. Benito:

«...En la (cara) del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre...»

No es verdad. La torre se alza en la cara del Poniente, que don Benito ha suprimido para hacer el chiste aquel de «dos caras, como algunas personas», ó lo que por lo menos él buenamente creará chiste. Entre la torre y la fachada del Norte están la capilla de la Novena y unas habitaciones con luces á la calle de San Sebastián, al Poniente, que es adonde da el único muro visible del tercio inferior de la torre.

Quedemos pues en que ni en lo material de la descripción sabe D. Benito por dónde anda, y repitamos:

«...en la (cara) del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre, de la cual *podría creerse* que se pone en jarras soltándole cuatro frescas á la plaza del Angel...»

No, señor. Eso no se podría creer nunca... ¿Por qué había de poderse creer ese disparate?... Usted lo podría creer acaso, porque es propio de los que no creen lo que nuestra Santa Madre Iglesia Católica nos enseña, creer luego en agüeros y en tonterías; pero los demás nunca podríamos creer eso de las jarras y las frescas de la torre.

Porque no hay motivo ninguno para creerlo, pues la torre es sencilla, cuadrangular, está cubierta por una montera de pizarra, como tantas otras, sin tener nada de raro absolutamente.

Otro párrafo:

«Por una y otra banda *las caras ó fachadas* tienen *anchuras*, quiere decirse, patios...»

Pues repito lo de antes. Si quería usted decirlo, ¿por qué no lo dijo usted? La mejor manera de querer decir las cosas, es decir las.

Verdad es que de todos modos estaba mal, porque los patios no los tienen las *caras*, sino el edificio por una y otra banda.

Y diciendo que las *caras* tienen *anchuras*, parece como que las caras son anchas.

Otro golpe:

«Feo y pedestre como un pliego de aleruyas ó como los romances de ciego (ó como una novela de quien yo me sé, aunque no tan pesado ni con mucho) el edificio bifronte (no, señor, trifronte) con su torre *barbiana*...»

Lo mismo podía haber dicho *climatérica* ó *recalcitrante*...

Por este estilo sigue D. Benito describiendo la iglesia, y habla de los pobres que están á la puerta pidiendo limosna, y llama *feroces alimañas* á las pulgas, con otros golpes de gracia al símil.

Pero cuando D. Benito se pone sandunguero de verdad y llega al *disloque* en materia de gracia y de chiste, es cuando nos presenta «un ciego entrado en años, de nombre *Pulido*» (lo cual no debe ser verdad, porque Pulido sería el *apellido*, no el nombre), y le hace hablar á su manera, largo y tendido.

¡Qué fecundidad la de D. Benito, y qué inventiva y qué graciosa!... Y es que las logias le han hecho á D. Benito la reputación, pero no han podido hacerle el numen.

¡Con qué propiedad y con qué ingenio inventa D. Benito las pláticas del pobre ciego entrado en años!...

Verán ustedes lo que ha discurrido D. Benito:

«Y todo es por tanto pillo como hay en la política *pulpitante*...»

¿Les parece á ustedes?... *Pulpitante*...

No, hombre, no; así no dice ningún pobre... ni ningún rico, por zafio y arrimado á la cola que sea.

Dirá *parpitante* un zafio, en vez de decir *palpitante*; pero *pulpitante* á nadie se le ha ocurrido decir hasta ahora.

Este D. Benito cree que la gente del pueblo desfigura las palabras á capricho y sin tendencia alguna... No lo entiende usted, D. Benito. Los pobres tienen mucho más discurso y más filosofía que muchos que no lo son.

Y continúa D. Benito hablando como el pobre, ó como él se figura que habla el pobre:

«Pero liberales por un lado, el *Congrioso* dichoso, y por otro las *congrigaciones*, los *metingos*...»

¡Por Dios, D. Benito!... ¿Qué *metingos* ni qué niño muerto?... Un pobre zafio, si ha visto escrito *meeting*, al decirlo en plural, dirá *metinges* cuando mucho, y si ha oído pronunciar *mitin*, tampoco podrá llegar de ahí á *metingos*...

Ni menos dirá *congrigaciones*, por congregaciones. De decir mal, dirá *congrigaciones*. Pero... ¿*congrigaciones*?...

Para escribir en palurdo lo mejor es observar y copiar; y de inventar algo se ha de inventar con sentido común, haciendo palabras de pronunciación más fácil que las legítimas, que es lo que hace el vulgo.

Pero inventar *congrigaciones*, que es más difícil de decir que congregaciones, no se le ocurre á ningún cristiano.

¡D. Benito, D. Benito!...

¡Vamos, qué *congrigaciones*!

¡Ah! Se me olvidaba decir á ustedes que la novela se titula *Misericordia*.

Téngala Dios de D. Benito.

Antonio de Valbuena.



JUICIO DE AGRAVIOS



—Vengo á ver por qué los señores síndicos clasificadores me han subido la cuota este año. Porque yo me dedico á la zapatería por *sport*...

En el Prado.



—La verdad es que el hombre debía tener ama de cria hasta los treinta y dos años... Un ama de veinticinco todo lo más, si pudiera ser...

—Ahora voy y le corto la cuerda al globo; el chico se va detrás del globo, la niñera se va detrás del chico, yo me voy detrás de la niñera, ¡y á ver si nos perdemos los cuatro y no parecemos en unas cuantas horas!

La medicina de Lola.

Antes que arrancase el tren bajó del *sleeping-car* cierta dama, y sin tardar fué á la puerta del andén.

Llamó á un cochero, á quien dió una orden verbal y urgente, y el cochero diligente subió al pescante y partió.

Mientras los dos alazanes galopaban á porfía, la pobre dama sentía hondos y extraños afanes.

Nerviosa, desencajada y en constante movimiento, ponía á cada momento en el reloj la mirada

Se aproximaba al vagón donde estaba su hija Lola, triste, pensativa, sola y entregada á la aflicción.

—¿Falta mucho?

—Poco ya.

—¿Llegarán á tiempo?

—Sí.

—¡Si parte el tren!

—Fía en mí.

—Yo temo...

—No partirá.

Cuando llegó la ocasión de dar al tren la salida, fué la dama decidida tras el jefe de estación.

Y arrojándose á sus pies hablóle de esta manera:

—Si no quiere usted que muera, detenga usted el exprés.

—¿Que ocurre!

—Se me ha olvidado

una cosa indispensable, y si no llega, es probable

un funesto resultado.

Antes la mandé buscar y ya es cuestión de un momento...

—Me es imposible... yo siento...

—¡Por Dios, si no ha de tardar!...

—Mi obligación determina que salga el tren á la hora...

—Lo traerán sin demora...

—¿Qué es ello?

—Una medicina.

Mi hija está en muy grave estado, y se combate su mal con la pócima especial que el doctor la ha recetado.

Si no la toma se muere y es usted quien la condena.

¡Esto bien vale la pena, señor, de que el tren esperel...

—Pues bien, partiendo otro día no me pone en tal apuro...

—Si hoy no sale, de seguro que se muere la hija mía.

.....

Pasó un minuto, dos, tres... la dama al jefe imploraba,

y á todo el mundo extrañaba que no partiera el *exprés*.

Ya estaba determinado el jefe á ser el verdugo de Lola, cuando á Dios plugo que llegase... lo esperado.

Entró el cochero jadeante, á la señora entregó un objeto, lo tomó

y subió al coche al instante.

Llegóse al *sleeping-car* ansioso el jefe, y vió que el objeto era... un corsé.

¡Lolita se iba á casar!

Rafael Toromé.

Cosas tagalas.

«...en que por la noche cabalgan por los aires caballos con alas...»

VÍCTOR BALAGUER.

Esto lo creen los indios, por supuesto como creen otras brujerías, tales como la visita de las almas de los muertos, en el tercer día, después de la «defunción personal».

Ver «caballos que cabalgan» ha de ser espectáculo tan horrible como *La carcajada*, *Treinta años ó la vida de un jugador*, obra ésta refundida, y retocada por un autor de nuestras noches y por él titulada *Treinta y cuarenta ó la vida parisiense*.

El pueblo de Cavite y sus alrededores es supersticioso y propenso á la fantasmagoría.

Los naturales de aquellas comarcas aseguran que en el fondo del río Zapote hay una campana misteriosa cuyas notas no llegan á oídos de todos los indios.

Hasta no es raro el fenómeno acústico, porque lo mismo se observa en el viejo continente que en el nuevo y en el de median uso.

Los sordos nunca oyen el repique de campanas.

Para eso son sordos: no han de disfrutar de todas las ventajas. Van á un teatro y no llega hasta ellos el libro ni la música.

Un poeta de esos que «se rezuman» versos intenta leer á un sordo una oda ó más, y el sordo impasible y fuera de peligro.

Al decir de los indios, la campana del Zapote no sirve más que para los iniciados; los escogidos, digámoslo así.

Avisa á los inocentes y crédulos caviteños, alegrías y desdichas próximas.

De las palizas últimas nada había anunciado la campana.

Tal vez se haya inutilizado—como decía en el cartel un empresario de teatro, refiriéndose á la tiple:

«Habiéndose inutilizado la señorita Gutiérrez, se ve violada la empresa á suspender la función anunciada para esta noche...»

Los que «sienten» el metálico lamento de la campana acuática dicen que es dulcísima y aun que entona sampaguitas.

Los amantes caviteños consultan con la campana sus cosas.

—¿Es fiel mi *babay*?—pregunta el enamorado.

La campana da el sí cuando no pasa de una campanada, y el no cuando da dos.

Casi siempre repite, según se ha observado.

Las mozas son muy afables.

No usan navaja en la liga, como las nuestras, porque no llevan ligas ni medias.

Todas las pasiones amorosas «son en piernas».

He leído en un pergamino de la época—de la época en que se supone lo ocurrido—una tradición de la campana de Zapote.

El era un indígena hermoso en su clase, joven y *sampaguito* ó poeta.

Ella era una mestiza salerosa, con dos ojos—un par, como es costumbre—que atraían á los hombres como imanes.

Al parecer se amaban.

¡Ah! Pero ella no amaba al infeliz, y él se hacía pedazos á solas pensando en ella y á su lado, cuando tal placer conseguía.

Pero él empezó á mosquearse por causa de un mestizo, hombre «atravesado,» capaz de todo.

Un día obligó el indio á su amada á consultar la campana.

La respuesta fué horrible y clara, á la par.

El indio mugió algunas palabras, desnudó el bolo y le sepultó, entero, en el seno de la hermosa mestiza.

La cual cayó «examinada».

De esta tradición quieren algunos autores que saliera el drama *La campana de la Almudaina*, aunque nada tiene que ver, y *La campanilla de los apuros*.

Por la tradición,

Eduardo de Pulacro.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. B.—Es de advertir que, por lo que se ve, acostumbra usted á mandar sus versos con sellitos de un cuarto de céntimo. Y así no es extraño que no lleguen, porque como suele acompañarlos una carta... Las *Psiqui-cosas* de hoy son del todo inocentes. El imperativo del verbo hacer no es *has*, sino *haz*.

Sr. D. A. S.—Confesemos de común acuerdo una cosa: que éstos no son versos propiamente dichos.

Sr. D. J. N.—Fuertecitos son ambos epigramas y excitan la vergüenza de las damas.

Sr. D. R. S.—¡Carambal! qué más quisiera yo que poder complacerle! Pero vamos á ver si esta *menudencia* es publicable:

«En un lugar de Castilla
este epitafio vi:
José Menéndez, ciclista
y gran pintor alavés.»

¿No le parece á usted que, por muy menuda que sea una menudencia, no puede tomarse tantas libertades?

Sr. D. G. T.—Tiene una picardía... ¿cómo lo diré yo? así como de colegial un poco desenvuelto. Pero ésa no basta para que se sonrían las personas mayores.

Junio.—Ya sabe usted que no podemos admitir artículos, porque hay muchísimos *almacenados*. El de usted es... uno de tantos; ni mejor ni peor que muchos que se publican en esos periódicos de Dios todos los días.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICON

Precio, 3,50 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 28 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

△ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

△ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Niños de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º